

Zaragoza2011-10-20 – Cátedra Ernest Lluch

Excmo. Rector Magnífico, doctor Don Manuel José López
Excmo. Sr Consejero de Economía y Empleo, Don Francisco Bono
Excmo Sr. Vicepresidente de la Fundación Ernest Lluch, Don Lluís María de Puig
Estimados colegas doctor Antón Costas y doctor Alfonso Sánchez

Agradezco muy afectuosamente la invitación para participar en esta presentación de la Cátedra Ernest Lluch que, feliz y oportunamente, han cimentado la Universidad de Zaragoza y la Sección Aragonesa de la Fundación Ernest Lluch, con la ayuda del Gobierno de Aragón.

Me parece que el acierto y la oportunidad son méritos que debo constatar para las tres instituciones por sostener este proyecto definido en torno a una muy destacada figura académica española, méritos más apreciables por llegar en esta época de incesantes cambios e incertidumbre.

En efecto, la trayectoria académica y cívica de Ernest Lluch i Martín constituye un excelente anclaje para el trabajo universitario, es decir para la docencia, para la investigación y la trasmisión de los conocimientos dentro y fuera del ‘alma mater’.

Como muchos de ustedes conocen, Lluch simultaneó durante décadas esas tres facetas básicas de la vida universitaria, completándolas con una cuarta, la de impulsor y organizador, del que es un buen ejemplo su doble mandato como Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Me he referido muy a propósito al carácter simultáneo del trabajo de Lluch en esas tres o cuatro formas de desarrollo de la vida universitaria. Para ilustrarlo me tomaré la licencia de relatarles brevemente un retazo de mi propia experiencia, al poco de llegar Lluch a la Universidad de Valencia a principios de los años setenta del siglo pasado como profesor de la primera promoción de la Facultad de Ciencias Económicas. Lluch nos daba clase de dos asignaturas bastante diferentes: Historia de las doctrinas económicas y Organización económica internacional. En ambas destacaba por su preparación y por una especial estrategia de motivación del interés sustantivo de los alumnos acerca de las materias abordadas. Al concluir cada clase era habitual que muchos estudiantes formáramos un corro en torno a él, con preguntas y comentarios, y entonces empezaba una especie de seminario mucho más breve, informal y jugoso, un seminario casi ambulante porque discurría en el pasillo o en el claustro durante el descanso clásico entre clase y clase.

Poco después de empezar el curso algunos descubrimos por nuestra cuenta que los martes Lluch publicaba regularmente en el vespertino *Telexprés* una columna sobre economía, o algunas colaboraciones en la revistas *España económica* o en *Serra D'or*. Entonces comprobamos que muchos interrogantes que dejaba en el aire, es decir sus diagnósticos y conclusiones más personales sobre la crisis monetaria internacional, por ejemplo, aparecían allí sintetizados para un lector no especializado. Ese ejemplo de imparcialidad académica y elegancia intelectual nos impresionó y estimuló al mismo tiempo. Unos meses después apareció el libro coordinado por Ernest Lluch, *L'estructura econòmica del País Valencià*, y de inmediato caímos en la cuenta de que aquellos dos volúmenes eran el primer tratado sistemático sobre la economía valenciana publicado en el siglo XX. A esa altura del curso, redactar el trabajo preceptivo alrededor de un “problema” económico bien fuese histórico como contemporáneo, acordado después de una entrevista con el profesor, se convirtió en un reto personal, porque la cuestión de fondo residía no en la solución que pudiéramos exponer sino justificar el camino que nos conducía a la misma. Lluch había logrado con creces su propósito como profesor. Y esa estrategia, entre la distancia y el contagio, entre la incitación al trabajo y el encantamiento, continuaría después con los cursos de doctorado, y las propias tesis doctorales. Así pasó, de profesor a verdadero maestro de muchos futuros profesores y profesionales en las empresas y en las instituciones.

Pero deseo trascender la anécdota y plantear más claramente una constante de la obra de Lluch considerada en su conjunto: la compleja y deliberada interrelación que establece entre la economía, la historia y las demás ciencias sociales. Es cierto que Lluch fue catedrático de Historia del pensamiento económico y que a esa especialidad dedicó la mayor parte de su trayectoria intelectual, desde sus primeros artículos, su libro sobre *El pensamiento económico en Cataluña 1760-1840*, a sus estudios y libros posteriores sobre el mercantilismo, la fisiocracia y la aritmética política en España y en Europa, entre otros muchos. Con una estimación casi desmedida, pero utilitaria, por la erudición y la exhaustividad documental, Lluch intentaba traspasar el ámbito estricto de la historia de las ideas para contribuir a explicar la pluralidad y especificidad nacionales o regionales de las grandes trayectorias de cambio económico, político, cultural y social de la Ilustración a nuestros días. Esta ambición, siempre rigurosa y con los pies en el suelo, se acentúa en obras como *Las Españas vencidas del siglo XVIII*. Junto a esa dedicación académica más estricta, incrementó su proyección social perceptible en una copiosa lista de conferencias, intervenciones y colaboraciones en la prensa, radio y

televisión durante los años ochenta y noventa dedicadas a la economía y la política contemporáneas.

La trayectoria intelectual de Ernest Lluch es, repito, un anclaje sólido, un referente oportuno para emprender las tareas que inicia la cátedra que lleva su nombre en esta Universidad. Lluch propició la orientación y especialización de un grupo de trabajo en Historia del pensamiento económico en la Universidad de Zaragoza que ha dado pruebas fehacientes en la investigación, en la docencia y en la difusión del conocimiento durante los últimos veinte años.

La Cátedra Ernest Lluch de la Universidad de Zaragoza empieza su andadura en una época en la que se han hecho evidentes muchas carencias de percepción y análisis para afrontar nuestros problemas más acuciantes. No me estoy refiriendo solamente a la presente crisis económica sino a ese proceso de transformación social más general que afecta nuestras vidas. Dicho brevemente y con una expresión que espero se a del agrado de mi amigo el profesor Eloy Fernández Clemente: “desde Shanghai a Barbastro”. No es novedad afirmar que este nuevo escenario requiere una apertura intelectual especial para la formación de las nuevas generaciones de estudiantes y profesionales aragoneses. Es preciso un “nuevo giro de la mente” (del que nos habló Keynes hace setenta y cinco años) o una tenaz capacidad para escapar a la fuerza de la “rutina” (como señaló Schumpeter hace cien años). Confío en que la Cátedra Ernest Lluch, pueda contribuir (con extremada modestia, trabajo y rigor) a ese ingente esfuerzo colectivo en el que está comprometida diariamente la Universidad de Zaragoza. Felicito a su director, el doctor Alfonso Sánchez, y le deseo afectuosamente acierto en su tarea. Su trayectoria universitaria y de servicio público son un buen augurio.